

¿Faltaba algo para unirnos? Ese algo ha sido el aplauso del público envolviéndonos en una tempestad de gloria.

AMELIA
EMILIO

¿No irá usted?

No, Amelia, se lo juro; no iré; no quiero ir.

AMELIA

Es que tampoco yo quiero que vaya, que comparta con nadie la victoria que hemos ganado juntos.

EMILIO

No iré. ¡ Sólo tuyo, Amelia !

AMELIA

¿ Sólo?

EMILIO

¡ Sólo y para ti sola !

AMELIA

(Avanzando hacia él y apoyando sus manos en los hombros de Emilio.) ¡ Entonces, rey y señor, dispón de tu esclava ! (Deja caer la cabeza en el hombro de Emilio.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

El teatro representa una habitación central de un hotel, decorada con lujo. A la derecha, en primer término, una mesa escritorio con todos los accesorios propios a ella. A la izquierda, en primer término también, un diván. El resto del mueblaje, apropiado a la decoración. Al fondo, una puerta grande que comunicará con un corredor ancho y perfectamente visible. Una puertecilla de comunicación practicable a la derecha y otra semejante a la izquierda. Supónese que ocurre la escena en San Sebastián, durante la temporada de verano y en la época en que es mayor y más distinguida la concurrencia. Al levantarse el telón aparece en escena un criado del hotel, retirando de un veladorcito un servicio de te. Inmediatamente se abre la puertecilla de comunicación de la derecha, dando paso a Andrea.

ESCENA PRIMERA

ANDREA, EL CRIADO. Al final, PEPITA.

ANDREA ¿ Engancharon ya ?
CRIADO Creo que sí.
ANDREA Averígüelo usted y avise ; la señora se está acabando de vestir.
CRIADO En seguida. (Se dirige hacia la puerta del fondo por la que entra Pepita en traje de mañana.)
PEPITA Buenos días. ¿ Está visible doña Amelia ?
 (A Andrea.)
CRIADO Con permiso. (Sale por el fondo.)

ESCENA II

ANDREA y PEPITA.

ANDREA Como visible, sí lo está. Ahora, que haría usted mejor no viéndola.

PEPITA ¿Corren malos vientos?
 ANDREA Tempestad.
 PEPITA ¿Dura lo de anoche?
 ANDREA Lo de anoche, y lo de ayer, y lo de anteayer, y lo de hoy, y lo que ocurrirá mañana. Nada, señorita Marín: se torció el carro y no hay quien lo enderece.

PEPITA ¡Qué lástima!... ¡Tan bien como empezaron!...

ANDREA Demasiado bien y demasiado pronto. Esos empiezos traen siempre malos fines. No será porque no se lo aconsejé. Sí, sí: buena estaba ella para avisos.

PEPITA ¿Avisos? Como si llamasen a un muerto.
 ¡Menudos avisitos me han dado a mí por causa de Enrique! ¡Que si quieres!... Cuando una se cuele, ¡cataplum!... Cinco años llevo con Enrique. Todas las mañanas abro los ojos resuelta a concluir con él. Pues llega la noche, y, créamelo usted, no concluyo... ¿De manera que continuaron la bronca después de la función?

ANDREA El se fué al casino y volvió a las cuatro, de jugar y perder, según acostumbra. De lo suyo pierde, claro es.

PEPITA ¡Todavía se queja doña Amelia!... Para perder, González junta los dos sueldos.
 ¿Conque volvió a las cuatro?

ANDREA Con un humor de perros, y... no es criticar, pero había cenado fuerte.

PEPITA ¡Tendría que oír doña Amelia!
 ANDREA Fué regular.
 PEPITA Siempre saldría Martoria a relucir.
 ANDREA Martoria por un lado y doña Teresa por otro.

PEPITA ¿Teresa? ¡Bah, Teresa no le importa a Emilio Rojas un pimiento! El sólo quiere a doña Amelia.

ANDREA Lo mismo que ella a él, de imaginación. Don Emilio está... ¿cómo le diría yo a usted?... *enmujerao* con la señora. A ella

le pasa algo por el estilo. ¿De aquí? (El corazón.) ¿De aquí? ¡Ni esto! (Mondiéndose la uña del pulgar.)

PEPITA Exagera usted.
 ANDREA Y desde que vinimos a hacer la temporada en San Sebastián, los disgustos llueven. ¡Claro! Aquí, a seis kilómetros de la población, reside doña Teresa, lo mismo que todos los veranos, en la finca de su propiedad. Aquí está Martoria *erre* que *erre*, y aquí está mi señora, harta de cuestiones y de trampas.

PEPITA No mientes cosas tristes.
 ANDREA ¿También anda usted mal?...
 PEPITA Sí, hija de mi alma, sí. Al hombre le ha dado por el *treinta y cuarenta*.

ANDREA ¡Ah!
 PEPITA No acierta una. De forma, que no bastan sueldos... ni sobresueldos. ¡Dichoso casinito!... ¡Todo el mundo pierde!... Volviendo a lo anterior. ¿Es que Rojas ha tratado de ver a Teresa? ¿Es que el duque...

ANDREA Hasta la presente, fidelidad completa. Pero (Señalando las puertas de derecha e izquierda.) mire usted, las comunicaciones interrumpidas.

PEPITA Momentáneamente; interrumpidas por el temporal. Pronto volverán a tener línea franca. (Se abre la puerta de la derecha y entra por ella Amelia, en traje de mañana.)

ESCENA III

AMELIA, PEPITA y ANDREA.

AMELIA Felices. (Con displicencia. Se deja caer en el diván.)
 ANDREA Ya dije que engancharan.
 AMELIA Di que desenganchen.
 ANDREA Corriente. (Sale Andrea por el fondo.)

ESCENA IV

AMELIA, PEPITA. Al final, ANDREA.

PEPITA ¿No sale usted?
 AMELIA No.
 PEPITA En el *boulevard* he tropezado a la Peña-
 grís; me ha dicho que anoche quedó con
 usted en venir a buscarla.
 AMELIA Se irá por donde venga. No salgo. Tú,
 si quieres, puedes pasear lo que gustes.
 Ahí tienes mi coche.
 PEPITA Es...
 AMELIA ¿Lo haces por no ir sola? Busca una
 amiga que te acompañe. Para ir en co-
 che siempre hay gente. (Se levanta y toca
 un timbre que hay en la pared.)
 PEPITA No es por eso. Anímese usted; venga.
 (Afectuosamente.)
 AMELIA Me duele la cabeza; estoy muy nerviosa.
 (Impaciente y malhumorada.) No tengo ganas
 de salir, se acabó. (A Andrea, que entra por el
 fondo.) El coche...
 ANDREA Dije que lo desengancharan.
 AMELIA Vuelve a decir que no lo desengachen.
 (Sale Andrea por el fondo.)

ESCENA V

AMELIA, PEPITA, luego EMILIO.

PEPITA Déjese usted de niñerías. Venga a dar
 una vueltecita conmigo.
 AMELIA No, hija, no. Vé tú, al camino de Zarauz,
 a tomar el fresco, o a la Concha, a oír ne-
 cedades. Yo, para oírlas, no necesito sa-
 lir del hotel.
 PEPITA Como usted quiera. (Entra Emilio por el fondo.)
 AMELIA Vé, Pepita, vé. Si encuentras a la Peña-
 grís, dile que se puede excusar el viaje.

EMILIO ¿No paseas esta mañana?
 AMELIA No.
 EMILIO ¿Estás enferma?
 AMELIA Precisamente enferma... Sin ganas de
 salir. (A Pepita.) No pierdas el tiempo. A
 divertirte. Feliz tú, que lo puedes hacer.
 (Sale Pepita por el fondo. Amelia y Emilio quedan
 sentados uno frente a otro sin hablar ni mirarse, en
 una de esas pausas enojosas que preceden a la con-
 versación entré dos amantes peleados.)

ESCENA VI

AMELIA y EMILIO. Al final, ANDREA.

EMILIO Efectivamente, no te diviertes *ya* a mi
 lado. El tiempo aquél ha concluido.
 AMELIA No será por mi culpa.
 EMILIO ¿Por qué te complaces en hacer de esta
 vida nuestra un infierno?
 AMELIA ¡Ah!... ¿Soy yo?... ¡Muchas gracias,
 hombre! No me quedaba más que oír.
 EMILIO Amelia...
 AMELIA ¡Soy yo la culpable! ¡Sí, cuando uno
 empieza a cansarse de las cosas, hay que
 buscar un medio cualquiera! Loca estu-
 ve para no adivinar el pago que iba a te-
 ner mi amor.
 EMILIO Tu capricho, debes decir.
 AMELIA ¿Mi capricho?
 EMILIO Sólo capricho fué lo que sentiste por mí.
 AMELIA ¡Capricho! ¡Y lo dice!... ¿Fué capri-
 cho vivir pendiente de tu boca desde que
 me hablaste por vez primera? ¿Fué ca-
 pricho entrar en tus ambiciones de artis-
 ta y consagrarme al triunfo tuyo más que
 al mío propio? ¿Ha sido por capricho
 por lo que he sufrido tus vicios y tus
 egoísmos y tus soberbias?
 EMILIO ¡Amelia!...
 AMELIA Si no sabes ser amante, sé por lo menos

agradecido; sé justo. Sé honrado; y no inventes culpas en mí para justificar las que tú cometes.

EMILIO
AMELIA
EMILIO
AMELIA

¿Yo?... ¿Culpas, yo?
¡Afirmará que no las tiene!
¿Dónde están, mujer? Dilas.
¡Capricho! Así lo fuera, y hubiese concluído de sufrir humillaciones y tormentos. ¡Capricho!... ¿Te atreves a decir eso en alta voz? Pronto has olvidado las horas que precedieron a aquella hora, que fué, según me jurabas entonces, la única absolutamente feliz de tu vida.

EMILIO
AMELIA

Lo juré entonces y lo juraré siempre.
No, entonces. Entonces, mis palabras eran las que pronuncia el amor verdadero; mis acciones, las de la mujer pronta a entregar, al hombre adorado, corazón, alma... ¡qué sé yo!... Yo era la sola criatura capaz de entenderte, de penetrarme contigo, de acompañarte en el triunfo y consolarte en la derrota...

EMILIO
AMELIA

¡Oye!
Entonces era yo una amante sublime. Ahora soy una hembra caprichosa. Qué mudanza tan radical, ¿eh?

EMILIO
AMELIA

¿Me quieres escuchar?
Te prefiero cruel a falso. Si te has cansado de mí, si deseas dejarme, déjame; pero no me insultes. (Llorando.)

EMILIO

¡Dejarte!... ¿Qué es lo que hablas?...
¡Dejarte!... ¿Crees que podría? Con todos los martirios que me haces padecer, te quiero, te necesito para mí solo, ¡solo!
¡Martirizarte yo!

AMELIA
EMILIO
AMELIA
EMILIO

Martirizarme de un modo horrible.
¿Por qué?
Porque no eres mía, completamente mía, porque no me perteneces por entero, porque te escapas con el pensamiento de mí.

AMELIA
EMILIO

¿Yo?
No trates de negarlo. No, no eres mía, te

escapas muchas veces de mí, muchas, hasta cuando te sujetan mis brazos.

AMELIA
EMILIO

¡Ese eres tú!
Tú. Ahí tienes mi tormento. ¡Pero dejarte yo, perderte, saber que no volveré a poseerte más!... Eso nunca. ¡Dejarte! ¿Cómo voy a dejarte, si hace un minuto, cuando hablabas, todos los recuerdos de nuestros primeros días de amor golpeaban en mi alma y tu primer beso chasqueaba como una onda de voluptuosidad en mi cráneo, y tus caricias, todas tus caricias, se confundían en una sola ráfaga de lumbre que abrasaba mi sangre y que electrizaba mis nervios? No, Amelia. ¡Ni yo dejarte, ni tú dejarme! ¡Eso es imposible! ¿Verdad que es imposible? ¡Responde! (Cogiendo a Amelia por los brazos y atrayéndola hacia él en un arranque de pasión invencible y carnal.)

AMELIA

¿Responderte? Si me hablaras siempre de este modo, ¿tendrías necesidad de preguntarme? (Lo mismo.)

EMILIO

¿Verdad que tu amor es mío, que nada hay por encima de él?

AMELIA
EMILIO

¡Emilio...! ¿A qué tales preguntas?
A qué dudo, a qué imagino—¡cruelas imaginaciones mías!—que mi cariño te pesa ya en el corazón.

AMELIA
EMILIO

¿Te pesa el mío a ti?
Es del tuyo del que hablo. ¿Soy para ti el Emilio de antes? ¿No hay nadie, entendiéndeme bien, nadie que se asome a tu corazón para arrojarme de él?

AMELIA

¿Quién?... ¿Cuándo te he dado motivo a sospechar...?

EMILIO
AMELIA

Martoria...
¡Ya salió a relucir!... Es ridículo tu empeño en darme celos con Martoria. Pude escogerle en lugar tuyo. No lo hice. Tus celos son absurdos.

EMILIO

¿Absurdos?

- AMELIA Absurdos. No tienes derecho a sentirlos.
¡ Si fuese yo !
- EMILIO ¿ Tú ? ... ¿ De quién ?
- AMELIA De Teresa, de esa criatura ideal, de esa enamorada Mecenas, de esa santa del almanaque venusiano a quien recuerdas siempre que se suscita una cuestión.
- EMILIO La he dejado por ti.
- AMELIA Donde se estuvo tantas veces a gusto, se puede volver una vez más.
- EMILIO No he vuelto. En cambio, Martoria te ve todos los días en un sitio o en otro. Menos mal que tú le acoges con una cortesía extremada.
- AMELIA Nada inconveniente me dice. No voy a ser grosera. ¿ Pretendes que me enclaustre y me separe de la gente, yo que de ella vivo ?
- EMILIO Nada pretendo. Repito que Martoria está muy asiduo contigo, y tú muy afable con él.
- AMELIA Como con todos.
- EMILIO Más. Al fin y a la postre lo merece. Grande es España y rico...
- AMELIA Lo mismo que Teresa, con la ventaja de que todavía no es mártir.
- EMILIO Deja a Teresa en paz. Das pruebas de muy mal gusto mofándote de ella.
- AMELIA ¡ Qué barbaridad ! ... ¡ No toquemos a la santa, que se ofende el señor ! ... Pues oye : si mis labios sólo con nombrarla la ofenden, valdrá más que yo. Y como vale más que yo, tú debes hacer una cosa.
- EMILIO ¿ Cuál ?
- AMELIA Dejarme y marcharte con ella.
- EMILIO Quizá te conviniese.
- AMELIA ¿ A mí ?
- EMILIO De ese modo Martoria campo libre. Después de todo, llegaría en buena ocasión.
- AMELIA ¿ Qué insinúas ? ... ¡ Bah ! ¡ Es para reirse ! Puede que me consideres capaz de venderme.

- EMILIO ¡ Amelia ! ...
- AMELIA Pruebas de ello he dado queriéndote. No creo que me hayan rendido tus caudales.
- EMILIO Tienes razón : soy pobre.
- AMELIA Siéndolo te quise. Ello no es obstáculo para que me trates como a las que se ponen a precio. ¿ Cuál te puse a ti ? ¿ Por qué he sido yo tuya ? ... No supondrás que lo fui porque tú eres un gran autor.
- EMILIO Yo...
- AMELIA Por fortuna, ¡ qué por fortuna ! porque lo he ganado con mi entendimiento, no me hace falta nadie para seguir siendo quien soy. Me basto yo sola. No todos podrán decir lo mismo.
- EMILIO Yo, sí.
- AMELIA Bien : por ese lado, en paz. ¿ Tienes algo más que añadir ?
- EMILIO Que te prohíbo el trato con Martoria.
- AMELIA ¿ A mí ?
- EMILIO A ti.
- AMELIA ¡ Estás demente ! Ni por ti ni por nadie perderé yo mi libertad, mi derecho a vivir conforme me plazca, a tratar con quien me parezca, a ser absoluta dueña de mi albedrío. No, y cien veces no. No lo pienses.
- EMILIO No pienses tú que yo supeditaré mi condición de hombre y de artista a los caprichos y veleidades tuyas. Sufrá tus extravagancias y tus *distracciones* quien necesite glorias de reflejo para sostenerse o para lucir. Yo tengo la mía. Con ella me sobra para no padecer vergüenzas ni soportar imposiciones. Ya lo sabes.
- AMELIA También lo sabes tú.
- EMILIO ¡ Y por esa mujer he dejado mi felicidad !
- AMELIA ¡ Su felicidad ! Es decir, Teresa.
- EMILIO Te probaré que no nací para juguete.
- AMELIA Y yo, que no he nacido para esclava.
- EMILIO Con ese nombre entre los labios me ofreciste tu primer beso.

- AMELIA Para ser esclava de tu amor, no de tu capricho y de tu orgullo.
- EMILIO ¡Y yo...!
- AMELIA Sí, hombre; ya sé que has perdido, por quererme, tu felicidad. ¡Qué desgracia! Yo que me consideraba más que suficiente para hacer feliz a cualquiera. ¡Por lo visto me equivoqué!... ¡Bah! No pierdo la esperanza. Aun soy joven.
- EMILIO (Con ira.) ¡Amelia! (Entra Andrea por el fondo.)
- ANDREA Doña Pepita y la marquesa de Peñagrís. (Se retira Andrea. Amelia, por un violento esfuerzo de voluntad, domina su enojo y avanza hacia el fondo, sonriente y tranquila.)
- AMELIA (Dirigiéndose al fondo.) ¡Adelante, adelante!
- EMILIO (Con sarcasmo.) Eso sí; como buena cómica, lo eres. (Amelia se vuelve como si fuese a contestar; luego se encoge despreciativamente de hombros y llega al fondo, donde aparecen la Peñagrís y Pepita Marín.)

ESCENA VII

AMELIA, EMILIO, LA PEÑAGRÍS, PEPITA MARÍN. En seguida, ANTONIO.

- AMELIA (A la Peñagrís.) ¿No dijo a usted Pepita...
- LA PEÑA. Por ello, porque se halla usted indispuesta me he dado tanta prisa en venir. (Entra Antonio por el fondo.)
- ANTONIO A mí no me ha anunciado nadie. Me anunciaré yo: Antonio Méndez, pintor, primera medalla, caballero gran cruz de Isabel la Católica...
- LA PEÑA. Guasa viva y embuste perpetuo.
- ANTONIO En este momento se me ocurría llamar a usted preciosa.
- LA PEÑA. No se detenga; embustes así siempre se toman por verdades. ¡Hola, Rojas!...
- EMILIO Susana... (Inclinándose.)
- LA PEÑA. (A Amelia.) Pues sí, me topé con Pepita...

- PEPITA Hace un momento...
- LA PEÑA. Por ella supe que no está usted bien. ¡Cómo no venir! Envié a doña Mercedes al domicilio, me colé con ésta en el coche de usted, y aquí estoy, más tranquila, porque la cosa no parece grave. En la puerta del hotel se nos ha unido este pelmazo.
- ANTONIO. Ustedes se han unido a mí. Yo venía en busca de este mozo. (Por Emilio.)
- AMELIA (A la Peñagrís.) Siéntense. (Lo hacen Amelia, Susana y Pepita. Emilio y Antonio continúan en pie.)
- ANTONIO (A Emilio.) Tú, ¿qué tal?
- EMILIO Yo me despedía.
- LA PEÑA. ¿Porque hemos entrado nosotras?
- EMILIO No; mire usted, tenía el sombrero en la mano. Ando muy metido en faena. El nuevo drama... Necesito concluirlo cuanto antes y me trae a mal traer. Todo el tiempo resulta escaso. Es mi idea fija.
- LA PEÑA. Se nota. Y deben ser escenas tremebundas las que tiene usted entre manos. La cara lo dice... ¡Qué ceño!... ¡Qué mirar tan sombrío! Parece el moro de Venecia.
- EMILIO ¡Siempre chistosa!
- LA PEÑA. ¡Qué quiere usted!... La gente me ha dado ese oficio; no tengo más remedio que ganarme el jornal.
- PEPITA (A Amelia.) Hemos visto al duque, también.
- AMELIA ¿A Martoria? (Movimiento de despecho de Emilio.)
- PEPITA Manifestó gran interés por saber de usted, y nos encargó que la saludáramos.
- EMILIO Es muy elegante, el duque. (Con despecho.)
- AMELIA Y tiene un gran talento, el de saber hacerse simpático.
- EMILIO Yo, con el permiso de ustedes... Voy a ver si el aire libre me regala algunas ideas. Diré lo que hace un momento, Susana. Hay que cumplir con el oficio.

ANTONIO ¿Quieres que te acompañe?
 EMILIO No; prefiero ir solo. Ya sabes lo que son estas cosas.
 ANTONIO Tanto como lo sé.
 EMILIO Servidor... (Sale por el fondo.)

ESCENA VIII

AMELIA, LA PEÑAGRÍS, PEPITA y ANTONIO.

AMELIA (A la Peñagrís.) ¡Quédese usted a almorzar conmigo!
 LA PEÑA. No puedo. Tenemos convidados en casa. Estaré un poco, y luego...
 PEPITA Nos iremos juntas. Antes desearía pedir un favor a doña Amelia.
 AMELIA ¿Cuál?
 PEPITA Que me dejase usted algunos adornos de su joyero antiguo para la función de esta noche. El mío vale poco; como hago de reina...
 AMELIA Con mucho gusto, hija... Entra, entra y escogerás. Salimos al instante. (Se dirige con Pepita hacia la puerta derecha.)
 PEPITA (Al llegar cerca de la puerta.) Usted me dispense... (A Amelia.)
 AMELIA Dispensarte. Al contrario; entremos pronto. Así me podré desahogar. ¡Si no lloro, me muero! (Sale con Pepita por la puerta derecha.)

ESCENA IX

LA PEÑAGRÍS y ANTONIO.

LA PEÑA. Esto va cada vez peor. (Por Emilio y Amelia.)
 ANTONIO Era de presumir; dos locos en una misma jaula, concluyen destrozándose. Usted, no hay que hablar, lo mismo que ayer, libre, feliz, independiente...

LA PEÑA. Y sin haberme abierto al cartaginés.
 ANTONIO ¡Pobre del cartaginés que desembarcase! Es más difícil domar a usted que a la España de aquellos tiempos.
 LA PEÑA. ¡Quién sabe!... Dominada, quizás me resolviese. Enamorada, sería la más sumisa de las colonias.
 ANTONIO (Riendo.) ¡Enamorarse usted!
 LA PEÑA. ¿Me juzga incapaz de ello?
 ANTONIO ¡Ptchs!
 LA PEÑA. El amor es la religión de las mujeres; yo soy una mujer muy mujer; no tenga usted duda.
 ANTONIO ¡Dios me libre!... Pero...
 LA PEÑA. ¡Ah!... Mi carácter. ¡Qué vamos a hacerle! Mi madre se murió cuando vine yo al mundo; mi padre, por lo que toca a cuidarse de mí, muerto y panteonado. Mis institutrices... ¡Ptchs! Me crié como los indios de las Pampas, en libertad. Soy una salvaje que sabe cuatro idiomas y tocar el piano.
 ANTONIO ¡Es usted!...
 LA PEÑA. Una especie de marimacho, muy descarada en el lenguaje y en las exterioridades del vivir; una golfa platónica.
 ANTONIO No tanto, criatura.
 LA PEÑA. Sí. Sólo que esto no es más que la corteza. Raspándola un poco se encuentra una buena muchacha.
 ANTONIO Tal he creído desde que la suerte me hizo tratar a usted con intimidad.
 LA PEÑA. Del mal el menos, hombre. Sentiría que me juzgase usted como el vulgo.
 ANTONIO ¿Formalmente?
 LA PEÑA. Entre mis muchos defectos no entra el de fingir.
 ANTONIO (Pensativo.) ¡Raspar la corteza!... ¡Entrar en ese corazoncito!...
 LA PEÑA. (También pensativa.) ¿Por qué no?
 ANTONIO Porque es difícil y porque sería peligroso.
 LA PEÑA. Según.

ANTONIO ¿Sabe usted que nos ponemos serios?
 LA PEÑA. Ni usted ni yo solemos estarlo delante de la gente. Natural es que nos desquitemos.

ANTONIO ¡Si viera usted qué hombre tan extravagante soy yo! Tendría que ser extraordinaria la mujer que soportara mis rarezas y fuera a mi lado feliz. De ahí que haya tenido siempre amores volanderos.

LA PEÑA. Esto es casi una confesión.
 ANTONIO ¡Qué demonio! ¡Alguna vez ha de confesarse uno! ¡Y con qué cura!
 LA PEÑA. De manga ancha. Pues confesión por confesión. Allá va la mía. El que se casara conmigo, ya sé que el matrimonio es una cosa ridícula, pero ¡vaya! no me resigno a pasar sin ella; el que se casara conmigo, tras poder llevarme al altar satisfactoriamente con vestido blanco y adornos de azahares, podría, queriéndome un poco, tropezarse con su felicidad. Esté usted seguro. Las golfas, cuando se enamoran, resultan excelentes chicas.

ANTONIO ¿Sabe usted que nuestras confesiones van haciéndose interesantes?
 LA PEÑA. ¿Sí?
 ANTONIO (Entre serio y jovial.) ¡Tendría que ver!... (Los dos se miran y ríen. Entran por la derecha Amelia y Pepita. Esta, llevando en la mano un cofrecillo, que dejará encima del velador.)

ESCENA X

AMELIA, PEPITA, LA PEÑAGRÍS, ANTONIO. Al final, ANDREA.

AMELIA (A Pepita.) Sí, mujer, es mejor que te las lleves todas; para este drama no preciso ninguna. Escoge las que te hagan falta. Susana, perdón.

LA PEÑA. De ninguna manera. Sólo vine por saber de usted. La he visto, y puedo retirarme tranquila. (Levantándose.)

AMELIA ¿Tan pronto?
 LA PEÑA. ¡Qué remedio!... (Mirando a Antonio.) Alguna vez he de ser formal. Oficio de ama de casa, y tengo que prepararlo todo.

AMELIA No la detengo. Pepita la acompaña a usted, ¿no?
 PEPITA ¡Ya lo creo!
 AMELIA (A Antonio.) ¿Y usted, aguarda a Emilio para almorzar con él?
 ANTONIO Es muy temprano. Daré convoy a estas jóvenes.
 AMELIA ¡Cuidadito, maestro!
 ANTONIO ¿Por qué?
 AMELIA Le veo a usted muy interesado por Susana. ¡Mirándolo bien, ella es quien se debe poner en guardia!
 ANTONIO ¿Y eso?
 AMELIA Usted es artista, y, según propia declaración, los artistas somos inaguantables.
 LA PEÑA. ¡Bah! Tengo yo un carácter especialísimo. A prueba de todo. Hasta de artistas. (A Antonio.) Hala, maestro, deme usted el brazo. (Se coge del brazo de Antonio y se dirigen juntos al fondo.)
 ANTONIO ¡Tendría que ver!... ¡Tendría que ver!... (Salen por el fondo.)
 PEPITA (A Amelia.) ¿Sale usted después de almorzar?
 AMELIA (Tocando el timbre.) No estoy muy decidida. (Entra Andrea cuando han salido la Peñagrís y Antonio.)
 ANDREA ¿Señora?
 AMELIA Lleva aquel cofrecillo al carruaje.
 PEPITA (Cogiendo el cofrecillo.) No faltaría más: yo lo llevaré; no pesa nada. (Sale por el fondo Pepita.)

ESCENA XI

AMELIA, ANDREA. Al final, MARTORIA.

AMELIA (A Andrea.) Dí que cuando sea hora me suban el almuerzo a mi cuarto.

ANDREA ¿No baja usted al comedor?
 AMELIA ¿Para almorzar con Emilio? ¡En seguida! Le juro que las paga. (A Andrea.) Vé a lo que te he mandado. (Andrea sale.) ¡Qué se figura él! (Vuelve a entrar Andrea.)
 ANDREA El señor duque de Martoria. (Andrea cede el paso a Martoria, y se retira por el fondo.)

ESCENA XII

AMELIA y MARTORIA.

AMELIA (Avanzando hacia Martoria.) ¿Usted, amigo mío?
 MARTORIA Discúlpeme si soy indiscreto. El interés por su salud justifica la indiscreción.
 AMELIA No merecía la pena de que se hubiese molestado. No tuvo importancia.
 MARTORIA Siendo así, me congratulo de que haya existido. Ella me proporciona el gusto de ver a usted antes que de costumbre.
 AMELIA ¡Cuánta cortesía!
 MARTORIA La sinceridad no necesita ser cortés.
 AMELIA A juzgar por el traje, va usted de excursión.
 MARTORIA Sí; una excursión a Biarritz en automóvil. Cosa de pocas horas. Llegar allí, almorzar y volver.
 AMELIA ¿Quiénes van?
 MARTORIA La Nuevalos con su marido, el vizconde de Mendara y yo.
 AMELIA ¡Delicioso paseo!
 MARTORIA Algo falta para que lo sea del todo.
 AMELIA ¿Qué?
 MARTORIA Que lo hiciera usted con nosotros. La Nuevalos pensó en invitarla. Yo la hice desistir.
 AMELIA ¿Usted?...
 MARTORIA Contaba con su negativa. Formo parte de la excursión. Rojas no la hubiera dejado venir.

AMELIA ¿Él?
 MARTORIA Sus celos. (Movimiento de interrupción en Amelia.) Celos injustificados, claro está, pero lógicos y disculpables.
 AMELIA Emilio...
 MARTORIA Cualquiera en su puesto los tendría del aire. Hermosa como ninguna, y como ninguna inteligente, ¿quién no siente celos de una mujer así? Justo es que los sienta él, y natural que los demás hombres le tengamos envidia.
 AMELIA ¿Rojas?...
 MARTORIA No soy santo de su devoción. ¡Ojalá me odiase si fueran los motivos preferencias de usted! No, no le agradaría que viniese usted yendo yo.
 AMELIA ¿Imagina usted que me tiene secuestrada? (Con despecho.)
 MARTORIA No digo tanto. Pero él manda y hay que obedecerle.
 AMELIA Emilio no me impone obediencias ridículas. Ni yo las sufriría aunque tratara de imponérmelas.
 MARTORIA ¡Quién sabe!
 AMELIA Usted cree...
 MARTORIA Creo que el amor puede mucho y modifica los caracteres, aun aquellos que se consideran indomables. Antes era usted la artista independiente, libre en sus acciones, una criatura aparte, que cumplía su voluntad conforme a sus deseos. Tenía usted derecho. Cuando se llega en arte a la altura que usted, se han subido muchos escalones por encima del vulgo y se puede vivir más firme y respirar más ancho.
 AMELIA Así vivo. (Con orgullo.)
 MARTORIA Vivía.
 AMELIA ¿Cómo?
 MARTORIA Al presente, por el amor de Rojas, ha bajado usted bondadosamente esos esca-

nes y se ha hecho una mujercita de su casa.

AMELIA (Picada.) ¿Habla usted seriamente?

MARTORIA Sí.

AMELIA ¿Lo cree usted?

MARTORIA Lo cree todo el mundo. Yo, más.

AMELIA ¿Usted?

MARTORIA Tan lo creo, que antes no vacilara en invitarla, seguro de que aceptaría. Hoy he influido para que no la inviten, seguro de que no la dejarían aceptar.

AMELIA (Son soberbia arrogante.) Yo soy la de siempre. Ni Rojas me obliga a ser su esclava, ni he nacido para que me encadenen. Antes que de nadie, soy mía.

MARTORIA ¿Está usted segura?

AMELIA ¡Sí lo estoy!... ¿Necesita pruebas? Invíteme, invíteme usted a la excursión.

MARTORIA ¿Vendría?

AMELIA Vaya por el automóvil y por sus amigos y vuelva a buscarme.

MARTORIA ¿Realmente nos acompaña?

AMELIA Sí, hombre, sí. Iré con ustedes en el automóvil, almorzaremos juntos, pasare tres o cuatro horas en Biarritz. ¿Qué hay en ello de particular?

MARTORIA Para mí, una gran alegría; para los otros, un gran gusto.

AMELIA Pues vaya y vuelva pronto.

MARTORIA Y si Rojas...

AMELIA ¡Rojas! (Toca el timbre.) ¿No ha oído usted que les espero? (Aparece Andrea en la puerta del fondo.)

MARTORIA Hasta de aquí a un momento. (Sale por el fondo.)

ESCENA XIII

AMELIA y ANDREA.

ANDREA ¿Llamaba?

AMELIA (Mirándose a un espejo.) Así voy bien. (A An-

drea.) Sácame el guardapolvo gris, unos guantes del mismo color, una gorra y un velo blanco.

ANDREA ¿Sale?

AMELIA Dentro de unos minutos, en automóvil, con Martoria y La Nuevalos y su marido y... no sé quién más.

ANDREA Señorita... (Abriendo la puerta derecha.)

AMELIA ¿Qué?

ANDREA Usted perdone que me meta donde no me llaman. ¿Y si lo toma a mal don Emilio?

AMELIA Haz lo que te dicen. (Andrea entra en la habitación derecha y Amelia sigue como hablando con ella.) Si lo toma a mal, peor para él. ¡Conque la gente cree que soy esclava suya!... Mientras el señorito se divierte, yo pasando plaza de amante cursi y sometida. ¡Que no, ea! Esto no puede ser. ¡Se acabó! (Sale Andrea con las prendas pedidas, que deja sobre una butaca.) ¿Está todo?

ANDREA Señorita...

AMELIA Ayúdame y cierra el pico a tus consejos. (Aparece Emilio en el fondo, donde se detiene un instante.)

ANDREA Don Emilio. (Emilio repara en las prendas colocadas sobre la butaca. Andrea sale fondo.)

ESCENA XIV

EMILIO y AMELIA.

EMILIO ¿Al cabo has resuelto salir?

AMELIA Sí.

EMILIO Perfectamente. Voy a mi cuarto a trabajar. No puedo entretenerme. Es casi seguro que almuerce allí. Te lo digo para que no me esperéis en el comedor. Si quieres subir cuando concluyas, en mi cuarto estaré escribiendo.

AMELIA No pienso molestarte. Se trabaja solo mejor.

EMILIO Algunas veces. (Se dirige hacia la derecha.)
 AMELIA Por eso, y presumiendo que deseas trabajar solo, he aceptado una invitación, y voy a almorzar fuera.

EMILIO (Deteniéndose.) ¿Dónde?
 AMELIA (Con indiferencia.) A Biarritz.
 EMILIO ¿Con quién?
 AMELIA (Igual que antes.) Con los de Nuevalos... y con Martoria.

EMILIO ¿Con Martoria?... ¿He oído bien, o intentas burlarte de mí?
 AMELIA No me burlo y has oído admirablemente. Vino...
 EMILIO ¿Quién?
 AMELIA Martoria. Vino a invitarme en nombre de esos señores y en el suyo...
 EMILIO Y tú...
 AMELIA Acepté.
 EMILIO (Procurando dominar su enojo.) Has hecho mal. Te ruego que no vayas.
 AMELIA Siento no poder complacerte. Ya es tarde. He dicho que viniesen por mí. No voy a cometer la grosería de plantarlos.

EMILIO (Como antes.) Excúsate con cualquier pretexto. Vuelvo a suplicarte que no vayas.
 AMELIA ¿Por qué no he de ir?
 EMILIO ¡Y lo preguntas! (Sin poder dominarse.) Vaya, tienes empeño en que se desate mi lengua. ¿Por qué no irás? Porque va Martoria, tu pretendiente, el hombre a quien distingues en forma que comienza a ser ofensiva para mi decoro.
 AMELIA ¡Emilio!... Estás loco y me estás injuriando.
 EMILIO ¿Loco?... Tal vez consigas volvérmelo tú. ¿Injuriarte?... ¿Desde cuándo la verdad es injuria?
 AMELIA Me trae sin cuidado que Martoria me pretenda o no me pretenda. Yo, aun no he hecho nada ni hago nada que ofenda tu decoro.
 EMILIO (Con sarcasmo.) ¡Aún!... ¡Buen adversa-

rio!... Es decir, todavía no. Sólo estás en el prólogo.
 ¡Emilio!
 AMELIA Pues oye: Puedes dejarme de querer, has dejado ya, mejor dicho. Esto no puedo yo evitarlo; lo que puedo evitar es que me pongas en ridículo, que me escarnezcas con él delante de la gente: y lo evitaré. Mientras sigas al lado mío, harás lo que conviene a mi dignidad. Después, haz lo que se te antoje. ¡Qué importa!
 AMELIA ¿No te importaría lo que hiciese después?... ¡En salvando tu orgullo, te es lo demás indiferente! Sólo el orgullo habla por tu boca. El amor no ha dicho una palabra.
 EMILIO No es mi orgullo, mi decoro es el que se rebela. Y es mi amor también; mi amor, que no sufre, que no quiere que te corteje ese hombre a quien recibes, a quien acoges con amabilidad rayana en cariño; mi amor, que apetece ser, que es *todavía* dueño absoluto de tu cuerpo y de tu alma, y te exige que no vayas hoy donde va ese hombre, y que no vuelvas, en lo sucesivo, a cruzar la palabra con él.
 AMELIA ¡Cuando digo que estás demente!... Aquí no se trata de tu amor; ya sé yo respetarlo. Aquí se trata de tu orgullo, de tu vanidad, de tu afán de convertirme en cosa tuya, en instrumento de carne a quien su amo guarda bajo cerrojos, para echar mano de él cuando no hay con qué entretenerse.
 EMILIO ¡Amelia!
 AMELIA Ahí tienes lo que pretendes tú. Te equivocas. No lo conseguirás.
 EMILIO Pues has de hacerlo.
 AMELIA No. Iré.
 EMILIO ¿Que irás?
 AMELIA Tu amada, sí; tu sierva, nunca.

EMILIO ¡ Mira lo que haces !
 AMELIA Lo que he dicho.
 EMILIO ¡ Vamos ! ¡ Arráncate de una vez la ca-
 reta !... Sé franca y declara que amas,
 que deseas a ese hombre.
 AMELIA No tengo que declarar nada.
 EMILIO Yo, sí. Yo declaro que no vas con él.
 AMELIA ¿ Porque lo pides tú ? (Con desprecio.)
 EMILIO ¡ Porque yo lo mando ! (Con fiereza.)
 AMELIA ¡ Mandar !... No nací yo para mandada.
 (Dirigiéndose hacia el fondo.) Déjame que pase.
 EMILIO (Fuera de sí.) ¡ Dejarte !... ¿ No has oído
 que no quiero que vayas ?
 AMELIA ¿ No has oído que iré ? (Amenazando.)
 EMILIO ¡ No ! (Avanzando.) ¡ Antes !... (Cogiéndola por
 las muñecas y sacudiéndola rudamente.)
 AMELIA (Con fiereza y bravura.) ¡ Oh ! ¡ Me maltra-
 tas ! ¡ Maltratarme a mí !... ¡ Tú ! (Desa-
 siéndose con fuerza.)
 EMILIO ¡ Calla... calla... porque la cólera me cie-
 ga, y la cólera sabe matar ! (Breve pausa, du-
 rante la cual Amelia queda frente a Emilio, en actitud
 desafiadora, y éste, medio vuelto de espaldas a ella,
 en la actitud que el actor considere más oportuna a la
 situación. Aparece en la puerta del fondo Martoria, e
 inmediatamente de él, Antonio.)

ESCENA XV

AMELIA, EMILIO, MARTORIA y ANTONIO.

MARTORIA (Desde la puerta, a Amelia.) Cuando usted dis-
 ponga. (Entra. Aparece en el fondo Antonio, y en-
 tra también.)
 EMILIO (Con actitud desafiadora.) Amelia no va con
 ustedes.
 ANTONIO ¿ Eh ? (Dirigiéndose donde está Emilio.)
 MARTORIA (Secamente.) Preguntaba a esta señora. A
 ella le toca responder.
 EMILIO Respondo yo aún (Mirando a Amelia.) por
 ella, y digo...

AMELIA Dirá que en mi voluntad soy yo dueña.
 EMILIO Digo que, hace un instante, ordené a
 esta... mujer que no saliera ; que por ne-
 garse a obedecerme, estuvo a punto de
 sufrir violencias que luego me hubiese re-
 prochado, por tratarse de eso... de una
 mujer. ¡ Si algún hombre apoyara su ne-
 gativa !... (Avanzando amenazador hacia Marto-
 ria.)
 AMELIA ¿ Qué ?
 ANTONIO ¡ Emilio !
 MARTORIA ¡ Rojas !
 EMILIO Si algún hombre apoyara su negativa y
 ese hombre fuera usted...
 MARTORIA (Con fiera arrogancia.) Bastaría que ella lo de-
 sease.
 EMILIO ¡ En tal caso !... (Avanza hacia Martoria con los
 puños cerrados.)
 ANTONIO ¡ Emilio ! (Conteniéndole.)
 MARTORIA Le advierto que conmigo ciertas accio-
 nes no precisa realizarlas. Con indicirlas
 sobra para todo.
 EMILIO Bien está. A sus órdenes.
 MARTORIA (Luego de hacer a Emilio una ligera inclinación de
 cabeza.) A los pies de usted, Amelia. (Des-
 de el fondo. Este final a la inspiración de los actores.)

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO TERCERO